

El oficio de científico.

Bourdieu, Pierre (2003), Ciencia de la Ciencia y Reflexividad
Barcelona: Anagrama, 213 pp. Traducción de Joaquín Jordá.
[Primera edición en francés: (2001) *Science de la Science*
et *Réflexivité*, Paris: *Raisons d’agir*].

Néstor Miranda Canal

Este libro de Bourdieu, publicado en francés poco antes de su muerte, acaecida en el 2002, recoge su último curso en el Collège de France, dedicado al análisis sociológico de la ciencia. El libro trata de mantener el tono y el estilo de la exposición oral del curso, incluyendo las “divagaciones, más o menos alejadas del tema principal del discurso”, que son presentadas en un tipo de letra diferente al del cuerpo de la obra, y, que, lejos de separar al lector del tema principal, lo concentran en él mediante sugerencias, conexiones, anotaciones críticas y hasta anécdotas, que enriquecen la lectura. La opción por el tono oral, que conlleva un cierto descuido de la escritura, podría deberse, también, a la proximidad sabida o presentida de la muerte anunciada, que, como fue el caso Jacques Derrida, muerto en octubre del 2004, lo sumergió en una “guerra contra mí mismo” (Entrevista de Derrida con *Le Monde*, Paris 18.08.04). Los dos intelectuales franceses estuvieron bastante alejados ‘filosóficamente’, al menos en lo concerniente a la “gramatología” y a la “deconstrucción” ‘derridianas’, pero se identificaron en la tarea de suministrar elementos de interpretación y de acción –dos aspectos inseparables en sus vidas y sus obras- sobre la situación actual de la sociedad francesa y mundial. En el caso concreto de la ciencia, Bourdieu detectaba amenazas derivadas del proceso neoliberal y globalizador. En el prefacio de la obra que se reseña, afirma “que el universo de la ciencia está amenazado actualmente por un temible retroceso”, que se expresa en la pérdida de autonomía y de independencia frente a los poderes (económicos, políticos, religiosos, burocráticos, etc.), y que la ciencia misma “está en peligro” y “se vuelve peligrosa”. Esto sería especialmente visible en campos como la medicina, la biotecnología agrícola, la genética y la investigación militar, por la estrecha relación de dependencia que mantienen con las poderes industriales, financieros y comerciales dominantes.

El “peligro” al que alude Bourdieu, se cierne también sobre las ciencias sociales, aunque se crea que por no “ofrecer productos directamente útiles”, vale decir, comercializables, no estarían en la mira de aquellos poderes dominantes. Los científicos sociales también están sometidos a presiones positivas (ofrecimientos de lucros materiales y simbólicos “para aquellos que toman la opción de servir a la visión dominante”) y negativas (ejercidas sobre los que “contribuyen a desvelar una parte de la verdad del mundo social”). Motivado por esta situación es que Bourdieu se compromete en un “análisis histórico y sociológico que no tiende, en absoluto, a relativizar el conocimiento científico refiriéndolo a sus condiciones históricas, y, por tanto, a unas circunstancias situadas espacial y temporalmente, sino que pretende, muy al contrario, permitir a los practicantes de la ciencia entender mejor los mecanismos sociales que orientan la práctica científica y convertirse de ese modo en ‘dueños y señores’ no sólo de la ‘naturaleza’, de acuerdo con la vieja tradición cartesiana, sino también, lo cual no es, sin duda, menos difícil, del mundo social en el que se produce el conocimiento de la naturaleza”.

Bourdieu, que había obtenido su formación básica en filosofía entre 1951 y 1954, dedicó el curso que recoge el libro a Jules Vuilleman, su maestro en filosofía de la ciencia, en la doble línea del criticismo kantiano y del pensamiento analítico, e inscrito, además, en la tradición francesa que lleva de Gaston Bachelard a Georges Canguilhem, pasando por Alexandre Koyré. Una manera de establecer filiaciones para sus propias posiciones. La gran pregunta socio-histórica –y filosófica– que motiva el libro entraña en su formulación deslindes con buena parte de los llamados ‘nuevos sociólogos de la ciencia’: “¿Cómo es posible que una actividad histórica, inscrita en la historia, como la actividad científica, produzca unas verdades transhistóricas, independientes de la historia, desprendidas de cualquier vínculo, tanto con el espacio como con el tiempo, y, por tanto, válidas eterna y universalmente?”. Además del recurso a Dios, según Bourdieu, se han propuesto algunas soluciones para esta pregunta: la cartesiana, que recurre a los *semina scientiae* (especie de semillas contenidas innatamente en el espíritu humano); la kantiana, la del sujeto trascendental y los *a priori*, condiciones de cualquier verdad que se construya; la de Habermas, es decir, “el lenguaje, la comunicación, etcétera”; la del empirismo lógico, que no es otra que la construcción de un lenguaje que se debe imponer a la realidad para que se produzca la ciencia; y la “wittgensteiniana”, que considera que lo que genera ciencia es una gramática que sea histórica (“juegos de lenguaje”) y que adquiriera forma de leyes universales.

Frente a esta última solución, Bourdieu cita al Nietzsche del *Crepúsculo de los dioses*: “Temo que nunca nos liberaremos de Dios, en tanto que sigamos creyendo en la gramática”. Quien lea *El oficio de científico* encontrará la ‘solución’ de Bourdieu, que busca reconciliar la razón con la historia, lo que él mismo llama “historicismo racionalista” o “racionalismo historicista”. Encontrará, también, que esta solución preten-

de escapar a dos posiciones consideradas erróneas: el “dogmatismo logicista”, la representación “oficial” de la ciencia característica de los neopositivismos (ontológicamente realistas); y el “relativismo nihilista”, que atribuye Bourdieu –discutiblemente– a algunos de los ‘nuevos’ sociólogos (que llegan a negar el estatus ontológico de la llamada ‘realidad’). El enfrentamiento entre estas dos posiciones no sería más que una nueva versión de la antigua polémica entre “dogmatismo” y “escepticismo”.

El libro está dividido en tres capítulos. En el primero, Bourdieu revisa las que para él constituyen las propuestas más importantes de la sociología de la ciencia, construyendo una especie de historia social montada desde su perspectiva particular. Afirma: “..., de manera muy consciente planteo mis diferentes charlas sobre unas interpretaciones libres, o unas reinterpretaciones orientadas, que tienen, por lo menos, la virtud de presentar la problemática tal como la veo, el espacio de posibilidades respecto al cual voy a determinarme”. Para llevar a cabo tal intento enumera cuatro dificultades inherentes a un objeto tan complejo como el que aborda: en primer lugar, la debida al gran desarrollo (“por lo menos cuantitativo”) de los estudios sociales sobre ciencia en los últimos años; en segundo lugar, la derivada del análisis de una “práctica” –la científica– de enorme complejidad, que exige un aprendizaje específico y que es ejercida por colectivos; en tercer lugar, la que tiene que ver con la exigencia de una cierta cultura epistemológica, además de pericia en el manejo documental, discursivo, etc., para científicos y estudiosos de la ciencia; y finalmente, la que se desprende del hecho de que la ciencia es un campo en donde se dan luchas por la legitimidad y todos sus “derivados”, las que, además, se inscriben en un mundo social que, en buena medida, contiene y determina a la misma ciencia.

La primera posición que revisa es la del “estructural-funcionalismo”, en la versión de Merton, a la que denomina “Una visión ensimismada”, que “justifica la ciencia al justificar las desigualdades científicas y al mostrar científicamente que la distribución de los premios y de las recompensas es adecuada a la justicia científica, ya que el mundo científico proporciona las recompensas científicas a los méritos científicos de los sabios”. Seguidamente, bajo el título “La ciencia normal y las revoluciones científicas” presenta la teoría de Kuhn, que da la sensación de recuperar, con su concepto de paradigma, “la tradición kantiana del apriorismo, pero tomada en sentido relativizado, o, más exactamente, sociologizada, como en el caso de Durkheim”. Atribuye su éxito al hecho de que en las condiciones de finales de los años sesenta del siglo XX fue identificada dentro del *mood* revolucionario que dominaba en la universidad como un “mensaje” contra el *establishment* académico, siendo posteriormente recuperada por algunos de los ‘nuevos’ sociólogos. La oposición europea a los planteamientos de Kuhn estaría representada por las escuelas de Edimburgo y de Bath y por el propio Bourdieu.

Continúa con “El programa llamado fuerte” –formulado inicialmente por David Bloor, apoyado en Wittgenstein-, recordando los cuatro principios metodológicos de este programa (causalidad, imparcialidad, simetría y reflexividad). Sobre el principio de reflexividad, afirma que “no desempeña, en realidad, ningún papel en los estudios de casos, y sólo ha sido tomado realmente en serio por Woolgar y Ashmore, que, en consecuencia, se han visto obligados a estudiar en mayor medida la sociología de las ciencias y sus prácticas de escritura que las mismas ciencias”. Analiza las posturas de Barry Barnes, quien -junto con Bloor-, formula la “subdeterminación de la teoría por los hechos” y expresa un especial interés por las controversias, los procesos de negociación y las “estrategias oportunistas” en las discusiones de los científicos. Harry Collins y Trevor Pinch -y en general la Escuela de Bath-, se preocuparían mayormente por la “explicación por intereses”, insistiendo en la construcción colectiva de los hechos, aunque su trabajo “adolece de unas limitaciones que proceden del hecho de que permanece encerrado en una visión *interaccionista* que busca en las interacciones entre los agentes el principio de sus acciones e ignora las estructuras (o las relaciones objetivas) y las disposiciones...”.

Finalmente, los estudios de laboratorio son tratados por Bourdieu bajo el encabezamiento de “Un secreto a voces bien guardado”, empezando por resaltar que tienen el interés de haber penetrado a los lugares mismos en donde se produce la ciencia, dando origen a una importante tradición. Destaca los aportes de Karin Knorr-Cetina y, muy especialmente, los trabajos de Mirko D. Grmek y Frederic Homes, estudiosos de Claude Bernard, así como las investigaciones de G. Nigel Gilbert y Michael Mulkay, “donde he encontrado la exposición más exacta y más completa de las características de dicha tradición”. Manifiesta un desprecio, por lo menos injusto, por la *Laboratory Life* de Bruno Latour y Steve Woolgar, que “ofrece una imagen ampliada de todos los vicios de la nueva sociología de la ciencia”, en tanto “una rama de la sociofilosofía de la ciencia”. El ataque a la obra de su compatriota Latour es implacable, quien en su *The pasteurization of France* habría coronado la “visión semiológica del mundo”, que hace énfasis desafortunado en las huellas y en los signos, terminando “en esa forma paradigmática del sesgo escolástico llamada “textismo”, el cual sostiene la idea de que “todo es texto”, incluso la ciencia, que “sólo sería un discurso o una ficción entre tantas otras, capaz, sin embargo de ejercer un “efecto de verdad” producido, como todos los demás efectos literarios, a partir de características textuales como los tiempos verbales, la estructura de los enunciados, las modalidades, etcétera...” Más aun, “lo semiológico se combina con una visión ingenuamente maquiavélica de las estrategias de los científicos:...”. La crítica de Bourdieu a Latour culmina, sarcásticamente, con la condena del papel que este último atribuye a los agentes “no-humanos” en la historia de la ciencia y la tecnología, papel que termina convertido en “ley general”: “cada vez que se quiere saber lo que hace un no hu-

mano, hay que limitarse a imaginar lo que otros humanos u otros no humanos tendrían que hacer si ese personaje no estuviera presente”. No obstante, en una de sus “divagaciones”, concluye que “no puedo dejar de experimentar al llegar aquí una cierta sensación de malestar ante lo que acabo de hacer”: concederle a la obra de Latour una importancia excesiva, de una parte, y, de otra, ser presa de “una ira santa”, como el héroe de un *western* que “injustamente maltratado” se ve tentado a actuar “contra los malos” como éstos actuaron contra él. Pero, según el propio Bordieu, esto no es raro en el mundo académico y universitario, donde la “misión del justiciero” accede a una “violencia sin derramamiento de sangre”.

Así termina lo que podría llamarse la ‘parte destructiva’, para dar paso a la propuesta “bourdieuiana”, a partir del segundo capítulo. De entrada, afirma que “uno de los puntos centrales” que lo diferencian de las cuatro posiciones expuestas y criticada es la utilización de su concepto de “campo”, el cual pone el énfasis en “las estructuras” que orientan las prácticas científicas y cuya eficacia se ejerce a una escala microsociológica en la que se sitúan la mayoría de los trabajos que he criticado y, en especial, los estudios de laboratorio”. Estos últimos se semejan a las “monografía de aldea” de los etnólogos, que tomaban las microunidades estudiadas como entidades supuestamente autónomas. Al asumir como central el concepto de campo busca, para los estudios de laboratorio, y de otros niveles, principios explicativos “al exterior” de la unidades micro, en el espacio dentro del cual éstas se insertan, cumpliendo dos rupturas fundamentales. La primera, con “la visión interaccioncista”, en la medida en que “da fe de la existencia de una estructura de relaciones objetivas entre los laboratorios y los investigadores”; y la segunda, al establecer —gracias a la visión estructural y relacional— una “filosofía disposicionalista de la acción, que rompe con el finalismo, correlato ingenuo del intencionalismo”.

El concepto de campo también previene contra el voluntarismo de los científicos [y obviamente de los estudiosos de la ciencia], ya que ubica un espacio estructural de fuerzas, que es un espacio de luchas para apoderarse, conservar y/o transformar ese mismo campo, por parte de los agentes (científicos individuales y colectivos, equipos, laboratorios, instituciones, etc.) que allí actúan, que son determinados por ese campo, sin que dejen de ser artífices de su creación y transformación. Las luchas, además, contribuyen a crear y a transformar los campos vecinos, mediante la acción de fuerzas específicas que son propiamente simbólicas y están dotadas de un capital científico. Este capital “es un tipo especial de capital simbólico, capital basado en el conocimiento y el reconocimiento”. La posibilidad de controlar el campo dado está relacionado con el “grado más o menos elevado de concentración del capital”, que ubica a unos científicos —o agentes, en general— como *first movers* y a otros como *challengers*. Dentro de esta perspectiva, el laboratorio —por su importancia para algunas de las ciencias más prestigiosas— puede ser ubicado como un “subcampo” que posee una “autonomía” relativa dentro de un campo dado. El capital simbólico,

además, no tiene un origen solamente científico, sino que también se relaciona con la parte administrativa, lo que conduce a incluir, en el abordaje sociológico de la ciencia, la relación fundamental entre estas dos instancias, la científica propiamente dicha y la administrativa y financiera.

Otro concepto típicamente bourdieuniano que entra en la propuesta es el de *habitus*. Este concepto permitiría superar la ilusión escolástica que atribuye al científico la capacidad para actuar como tal con base en “una conciencia conocedora que actúa de acuerdo con las normas explícitas de la lógica y del método experimental”, para reemplazarla por la idea de un “oficio” que se ejerce, vale decir, una actividad práctica que puede ser aprendida y transmitida, como cualquier otro oficio. Sin excluir, claro está, como lo plantea Michel Polanyi (a quien remite Bourdieu), “la formulación de reglas de verificación y refutación, de medición o de objetividad”, así como el ejercicio de “los esfuerzos para que estos criterios sean lo más explícitos posible”. En este sentido puede afirmarse “que el *habitus* científico es una teoría realizada o incorporada”. Pero Bourdieu previene contra la reducción simple y llana de la práctica de la ciencia a una artesanía y, con mayor razón, a la capacidad para manejar una retórica o para entrar exitosamente en procesos de negociación, aunque tampoco descarta de plano estas habilidades. Reivindica, como es lógico, que el dominio teórico de un campo dado pasa necesariamente por un manejo práctico. “Un sabio –afirma– es un campo científico hecho hombre, cuyas estructuras cognitivas son homólogas de la estructura del campo y, por ello, se ajustan de manera constante a las expectativas inscritas en el campo”. Los científicos que han accedido al *habitus* son los encargados de formular reglas, estándares, etc., además de ser los que están en capacidad de ponerlos en práctica y transformarlos, en medio de luchas en el campo y dentro de estructuras sociales mayores.

De la utilización de las nociones de campo y de *habitus* se derivan nuevas nociones que son importantes para la propuesta de Bourdieu. Una de ellas es la de autonomía (de cada campo particular), cuya conquista constituye un proceso histórico que ofrece diversas variantes según la especificidad del campo –es muy interesante, a manera de ilustración, el análisis que presenta, en este sentido, del papel de la matematización en la física. Otra es la del derecho de admisión en el campo, estrechamente ligada a la anterior, que “es la competencia, el capital científico incorporado (...) convertido en sentido del juego, pero también es la apetencia, la libido científica, la *illusio*, de creencia no sólo de lo que está en juego, sino también en el propio juego, es decir, en el hecho de que la cosa vale la pena, compensa jugarla”, lo que al fin de cuentas exige manejar la técnica del campo dado y creer en el mismo. Aquí reaparece el capital científico, que tiene sus propias formas de manifestarse, de distribuirse, de concentrarse y, podría decirse, de ser invertido, produciendo una determinada correlación de fuerzas al interior del campo dentro de un proceso de lucha regulada. “Los agentes, con su sistema de disposiciones, con su com-

petencia, su capital, sus intereses, se enfrentan dentro de ese juego llamado campo, en una lucha para conseguir el reconocimiento de una manera de conocer (un objeto y un método), y contribuyen de ese modo a conservar o a transformar el campo de fuerzas. Un pequeño número de agentes y de instituciones concentran un capital suficiente para apropiarse prioritariamente de los beneficios procurados por el campo, para ejercer un poder sobre el capital poseído por los restantes agentes, sobre los pequeños portadores del capital científico”. En esta luchas se juegan los asuntos de prioridades, de fronteras entre disciplinas, de la objetividad, de la ‘verdad’, etc., y hasta de las llamadas revoluciones. Sobra decir que los agentes que aquí actúan son fundamentalmente colectivos y que su acción (no teleológica y mucho menos maquiavélica) se cumple dentro de estructuras sociales mayores, sin que por ello la práctica científica pierda su “autonomía relativa”.

En el tercero y último capítulo (“Por qué las ciencias sociales deben ser tomadas como objeto”), el autor fundamenta la absoluta necesidad de que las ciencias sociales sean sometidas a una estricta autovigilancia epistemológica, mediante la objetivación del “sujeto de la objetivación”, lo que constituye la “reflexividad”, tan pregonada y tan escasamente practicada. “Las ciencias sociales –afirma–, y sobre todo la sociología, tienen un objeto demasiado importante (interesa a todo el mundo y en especial a los poderosos), demasiado acuciante, para dejarlo moverse a sus anchas, abandonarlo a su propia ley, demasiado importante y demasiado acuciante, desde el punto de vista de la vida social, del orden social y del orden simbólico, para que se les conceda el mismo grado de autonomía de las restante ciencias y para que le sea otorgado el monopolio de la verdad”. Cerrando ya el libro presenta un “esbozo de autoanálisis” –ensayo de reflexividad disciplinar y personal–, que al lector del libro le corresponde juzgar y valorar, así como también le corresponde hacer su juicio crítico sobre el contenido de este libro discutible, provocativo y polémico, además de lleno de ideas sobre las cuales, por lo menos, vale la pena reflexionar.

Más allá de esta reseña, conviene recordar al intelectual –y no sólo al sociólogo– que fue Pierre Bourdieu, “sin duda uno de los últimos intelectuales, al menos en el sentido fuerte y genuino con que este término se acuñó en Francia”, según Ignacio Echevarría (*Babelia*, “El País”, Madrid, Sábado 27 de julio de 2002). Precisamente en la *Lección sobre la lección* (Anagrama, 2002) –que recoge la lección inaugural de Bourdieu en su ingreso al Collège de France en 1982– zarandeaba a los científicos sociales ‘puros’. “Como la negativa a reconocer una realidad traumatizante es proporcional a los intereses defendidos –decía allí–, se comprende la violencia extrema de las reacciones de resistencia que suscitan, entre los poseedores del capital cultural, los análisis que ponen de manifiesto las condiciones de producción y reproducción denegadas de la cultura: a personas acostumbradas a percibirse bajo el distintivo de lo único y de lo innato, sólo les hacen descubrir lo común y el bagaje

adquirido.” Y aunque hoy pocos ‘científicos’ sociales estén dispuestos a admitirlo, en esa misma ocasión afirmaba que “... la sociología pone al descubierto la *self-deception*, el autoengaño colectivamente mantenido y alentado que, en cualquier sociedad, sustenta los valores más sagrados y con ello toda la existencia social”. Se trataba, en ese entonces, según Bourdieu, de hacer “una ciencia social de los poderes simbólicos capaz de devolver a los sujetos sociales el dominio de las falsas trascendencias que el desconocimiento crea y recrea sin cesar”, lo cual exige la “reflexividad”, pues lo que debe hacer la sociología consiste en que “todas las proposiciones que esta ciencia enuncia pueden y deben aplicarse al sujeto que hace la ciencia”. Veinte años después, el mismo espíritu de la Lección inaugural en el Collège de France reaparece en su última lección en esa misma institución, que recoge *El oficio de científico*.

NÉSTOR MIRANDA CANAL

E-mail: nestor_miranda@hotmail.com